

PRESENTACION LIBRO MONSEÑOR BERNARDINO PIÑERA

Centro de Extensión

18.1.93

Para leer un libro como el de Monseñor Piñera, es importante en primer lugar entender el punto de vista en que se ha colocado el autor para escribirlo, y saber hacia quienes dirige la palabra, donde se hallan en último término los destinatarios del escrito.

Ambas cosas se hallan dichas en forma inequívoca : "(Tampoco) escribo estas páginas desde la perspectiva de un intelectual que sólo quiere entender el mundo, o de un político que quiere cambiar la historia. Soy un pastor, y lo que me interesa es la salvación del hombre. Y si el mundo de hoy se divide entre una cultura y una contracultura, yo quisiera ayudar a que se salven los que adhieren a uno y a otro paradigma".

Así, el libro nace como respuesta a una experiencia. Hay un cambio cultural acelerado, que a ratos parece caótico, que es profundamente contestatario. Sigue vigente, en la plenitud de su fuerza la cultura moderna, con toda la riqueza del pensamiento racional, con la exaltación de los valores del individuo y el culto de la libertad. Pero también asistimos a la explosión de manifestaciones artísticas, filosóficas, sociales, científicas, religiosas y políticas, que toman pie precisamente en la negación de la validez de esa cultura, y singularmente en la negación de su valor humano. Los años sesenta, los años ochenta, han asistido a una ofensiva de cuestionamiento radical, y de incomprendimientos recíprocos profundos, que marcan este fin de siglo y sugieren que estamos en el umbral de graves y profundas decisiones.

La respuesta que intenta Monseñor Piñera tiene un tono especial. El libro no entra en la raíz de los cambios culturales, ni pretende hacerlo. Frente a los adeptos a la cultura y a las contraculturas, la médula de su actitud me parece ser la simpatía, en el sentido profundo de querer sentir con ellos, junto a ellos, de mirar un momento el mundo por sus ojos. Por eso es que describe, y que hace a menudo reparos, pero que nunca ataca. Culturas y contraculturas tienen siempre alguna cosa de profundamente bueno, sobre lo cual se detienen los ojos del pastor para tratar de liberarlo de la ganga en que puede estar sumido.

Esa actitud positiva hacia el hombre, recuerda a la de San Pablo cuando enfrentado al torbellino del helenismo en Atenas, usaba de palabras que podrían, aun hoy día, ser válidas frente a tantos exponentes de las culturas modernas: "Atenienses, veo que sois

sobremanera religiosos; porque pasando, y mirando vuestros santuarios, hallé también un altar en el cual se hallaba esta inscripción: AL DIOS DESCONOCIDO. Aquel pues que vosotros honráis sin conocerle, a ese os anuncio yo....." Y agregaba que los hombres fueron dotados "para que buscasen a Dios por si de alguna manera y como a tientas lo hallan; aunque por cierto no está lejos de cada uno de nosotros: porque en El vivimos y nos movemos y somos; como también algunos de vuestros poetas dijeron: somos de linaje de dioses" (*Hechos de los Apóstoles* cap. 17).

Yo diría que esa mirada hondamente optimista sobre la humanidad, es acendradamente católica. Digo católica y no simplemente cristiana, porque estamos viviendo todavía oscurecidos por la nube que ensombreció a la Reforma con el pensamiento de que la naturaleza humana estaba profundamente corrompida, y que era igualmente incapaz de buscar la verdad que de moverse hacia el bien. No era por cierto un optimista Pascal cuando decía que "la grandeza del hombre es grande en esto, que él se conoce miserable. Un árbol no se sabe miserable (*Pensées*)" Y creo que no nos damos cuenta hasta qué punto esa actitud jansenista, hija del calvinismo, está presente en nuestro mundo - no en el mundo remoto de las disputas norteamericanas o europeas - en el mundo más criollo que se pueda imaginar, en el desprecio de tantos hombres de iglesia por las creaciones humanas, por las instituciones humanas, por la ciencia, por la técnica, por la empresa, por el arte, por las nuevas experiencias de vida, incluso en tantas exigencias puritanas de pseudo-perfección, que hacen juicios condenatorios sobre la realidad humana porque aun antes de conocerla, ya la habían negado o despreciado.

Pero para el autor, el mundo está constituido por los que tienen que salvarse, y a ellos - donde quiera que estén - el pastor quiere hacerles llegar la voz del mayoral de los pastores, para conducirlos "al ameno y siempre verdegueante lugar del paraíso" "ad amoena et semper virentia loca paradisi". Pero entonces, si quiere conseguirlo, tiene que ser además de maestro, testigo de la vida de la fe, en las palabras de Pablo VI que cita repetidas veces: "los jóvenes de hoy no quieren maestros: quieren testigos".

¿Qué es esto de "reencantar"? Morris Berman (*The reenchantment of the world*), aborda la cuestión del "desencantamiento" del mundo que dejó lanzada Max Weber, y dice que "la historia de Occidente....es la remoción progresiva de la mente o espíritu sacándolos fuera del mundo de los fenómenos. La marca de la conciencia moderna es que ella no reconoce ningún elemento espiritual en los llamados objetos inertes que nos rodean. Toda la posición materialista supone la existencia de un mundo que está 'allá afuera' y que es independiente del pensamiento humano que está 'acá adentro'."

Estamos tan familiarizados con esa manera de ver, que ella parece simplemente una cosa obvia. Al considerar el trabajo humano por ejemplo, pensamos que él es una forma de elaborar el mundo "de afuera" de acuerdo a los dictados del mundo "de adentro", y si queremos intuir el largo y tortuoso camino seguido por el espíritu de Occidente, podemos hacer el ejercicio de comparar esa nuestra visión contemporánea del trabajo con la que inmortalizó Virgilio en los bellísimos versos de las Geórgicas, al cantar un trabajo que se desarrolla como un rito en un mundo habitado por los dioses, en el que cada acto humano es un símbolo, o bien evoca alguna parte de un drama originario, en una palabra en un mundo con alma, "encantado".

La Edad Moderna habría pues, traído un acelerado "desencantamiento" del mundo, en la medida en que este se hace integralmente accesible a la razón, al conocimiento científico, y va perdiendo paso a paso, el aura de misterio. Pero este proceso no tiene lugar por una especie de convencimiento progresivo, sereno y desapasionado. El se origina en la autoafirmación del individuo, del sujeto que conoce los objetos, y la manera de conocerlos es básicamente apropiarse de ellos.. Este mundo "bipolar" que enfrenta al sujeto con el objeto y que hace a este último una especie de propiedad para el uso del sujeto, es un mundo que tiende inexorablemente a hacerse frío, inanimado, estrechamente racionalista, un mundo sin magia, sin dioses, sin encanto; un mundo "desencantado". Es el mundo que había anticipado Milton en las soberbias palabras con las que despierta Satanás caído del cielo y enfrentado al horror de su nueva condición ¿Qué importa en dónde, si yo soy siempre el mismo? What matter where if I be still the same? (*Paradise Lost*) Mundo orgullosamente triste y solitario de un pequeño y contrahecho dios.

Lo que subyace a ese mundo desencantado es la voluntad de dominio, la voluntad de poder, la afirmación incondicionada del individuo. Y aquí me gustaría avanzar un tanto en la dirección del pensamiento del autor, porque me parece que hay una continuidad profunda entre la cultura moderna y algunas de las contraculturas. Lo que ocurre es que a fines del siglo pasado, Nietzsche puso al descubierto el carácter relativo, inconsistente de algunos de los valores que para el individualismo eran los valores supremos: ni la verdad, ni la veracidad, ni el sentido, valores supremos que sustentaban la acción de los individuos, son capaces de resistir a la demoledora crítica del trágico filósofo alemán. Y desprovisto de valores supremos, sólo queda un ser humano que afirma su identidad en los torbellinos de un devenir sin objeto, meta, ni sentido.

El autor de este libro piensa que las contraculturas, con su apoyo en lo corporal, lo afectivo, lo comunitario son capaces de "reencantar" el mundo frío de lo puramente

racional. Es posible que así sea Pero ¿qué podría significar concretamente ese reencantamiento? No podríamos devolverles la vida a los dioses muertos. De poco le serviría a la humanidad entregarse a un ejercicio de arcaísmo estético, movida por "il vano desiderio della bellezza antica". Ni podríamos declarar sin más que se halla "reencantado" lo que se nos hace más grato o placentero. No creo que el autor quisiera fiarse de contraculturas a las cuales él mismo les reprocha su falta de coherencia. Me parece que lo que más se aproximaría al espíritu de la obra de Monseñor Piñera sería pensar que reencantar el mundo es volver a instalar en él lo humano que le había sido arrebatado cuando el hombre se le enfrentó como su dueño. Y eso pasa inevitablemente por establecer o por restablecer una relación del hombre con la realidad.

En ese intento, los cristianos vienen a encontrarse ahora con reformulaciones de su propio pensamiento, y se dan cuenta de que son otros los que están redescubriendo, en un tránsito por vericuetos impensados, lo que el auténtico pensamiento cristiano profesó desde antiguo. No hay duda de que el racionalismo del siglo XVII en adelante, y antes que él, el nominalismo, penetraron profundamente en la conciencia del mundo occidental, e hicieron sacrificar la riqueza en la aproximación a la realidad que se había elaborado lentamente durante lo mejor de la Edad Media. Pero vemos hoy día que las ciencias cognitivas, ramas de la ciencia natural contemporánea, ligadas a la informática, a la inteligencia artificial y a la neurofisiología están desterrando esa separación entre el objeto y el sujeto, ese postulado de objetividad que parecía inseparable de la ciencia. Los hay que afirman ya que sujeto y objeto co-emergen en el acto de conocer, y que no se los puede pensar como entidades independientes. Pero lo que allí ocurre es que los científicos están recuperando así algo del lenguaje que hablaron siempre poetas y artistas: la polémica de Goethe contra la teoría newtoniana de los colores, venía a decir eso mismo : los colores no están allá afuera, no son una propiedad

de la luz, de la longitud de onda, como diríamos hoy día. El color emerge en una forma de interacción entre la radiación y quien la recibe. Y yo creo que esa forma de aproximarse al tema era precisamente la médula de la teoría del conocimiento de Tomás de Aquino ¹ , para quien el alma es en cierto modo todas las cosas, las

¹ Tomás de Aquino, De Anima.

"el que entiende es en el acto de entender, idéntico a lo que es entendido en el acto de ser entendido, así como lo sensible en acto de ser sentido es idéntico al que siente en el acto de sentir:" (724) "es necesario que la cosa conocida esté en cierta forma presente en el que conoce" (43) "El acto mismo de ser sentido y de sentir es

sensibles y las inteligibles, de modo que entre el ser percibido y el percibir no hay diferencia, antes bien, en el acto de conocer, se trata de cosas que son idénticas, como no sea por una distinción de tipo lógico. Es claro que las ciencias cognitivas modernas enriquecen la noción del conocimiento humano; y es claro también que la formulan en términos distintos de la gnoseología tomista. Pero a mí me parece aún más claro que el paradigma tomista, de coincidencia en el acto de conocer indica una forma especial de presencia del espíritu en el mundo, que es ajena a la noción de un mundo fabricado con el ensamble de materiales ajenos y externos a nosotros, y toca muy de cerca a una postura central de la ciencia moderna que ha vuelto a poner al conocimiento humano como una forma de participación en la naturaleza.

Yo me siento atraído por la mirada de Monseñor Piñera sobre un mundo al que hay que salvar restituyéndole la integralidad de lo humano, al que hay que "reencantar" dejando de considerarlo mero objeto para el ejercicio de la voluntad de poder, y me atrevería a agregar, restituyéndole su apertura al misterio. Es notable - lo vemos a diario hasta en las manifestaciones más extravagantes - como al estallar los estrechos límites de una objetividad forzada, se puebla el horizonte de formas de religiosidad, tantísimas veces aberrantes. Pero es que en la medida en que el hombre retome su integral condición humana, la conciencia de no ser él mismo el fundamento y razón de la realidad, se irá

uno solo e idéntico, y sólo difieren lógicamente" (592) " El intelecto no tiene más naturaleza que la de estar en potencia respecto de todas las cosas" (681) "El intelecto agente está respecto de los inteligibles como el acto ..." (739) "El alma es en cierta forma todas las cosas" (787) "Todos los entes son de hecho sensibles o inteligibles, pero en cierto modo el alma es todos los sensibles y todos los inteligibles..." (787) "En esta forma se viene a decir que el intelecto en el acto de entender viene a coincidir con la cosa comprendida en el acto de ser comprendida, en tanto cuanto la forma de la cosa es la forma del intelecto en acto" (789) "La mano le fue dada al hombre en lugar de todos los órganos de que disponen otros animales para defenderse, para atacar o para cubrirse: todas estas cosas las hace el hombre con la mano. De modo similar, el alma le fue dada al hombre en lugar de todas las formas, para que el hombre sea en cierto modo todos los entes..... en cuanto su alma puede acoger a todas las formas inteligibles y los sentidos son una potencia que pueden acoger todas las formas sensibles...." (790)

encontrando siempre invitado a una experiencia de aquello que está siempre más allá. Y tal vez valdría la pena recordar que la auténtica apertura hacia Dios le está bloqueada al ser humano precisamente por el individuo que se instala en su lugar, y que esa apertura queda en cambio disponible para un espíritu que está libre de posesividad, y abierto a renacer en la experiencia. El espíritu libre de cálculo, que no busca apropiarse del objeto, sino que se abre y se abandona a la realidad presente, es el espíritu que queda libre para ser invadido por Dios y para estar libre frente al mundo, como parece leerse en algunos de los sermones de Meister Eckhart, el místico renano, seguidor de Alberto Magno y de Tomás de Aquino.²

Así creo entender el empeño del autor por reencantar el mundo, por llenarlo del espíritu humano. Un tal reencantamiento puede permitir acoger el Evangelio y acoger la presencia de la Iglesia en un espíritu liberado de la costra adventicia de racionalismo, de individualismo, que les impiden brillar en su verdadera seducción. Eso es lo que puede significar el reencantamiento de la acción de la Iglesia y sus ministros.

En último término, para un cristiano, no puede ser extraño que el sitio del hombre en el mundo sea tan crucial para la interpretación y contemplación y contemplación de este. Porque sabemos que el hombre es el camino de la Iglesia, el camino de Dios sobre la tierra. La Encarnación del Verbo significa que escoger al hombre es la opción de Dios. Y quien ha tenido en la fe esa experiencia del mundo no puede mirarlo sino con los ojos con que Dios lo ha mirado. Solo en el misterio del Verbo Encarnado empieza a aclararse el misterio del hombre, misterio que permanece inaccesible a los ojos que se quieren mantener velados, por mucha que sea la simpatía que ellos nos puedan inspirar. Fue la experiencia del propio San Pablo en el discurso en Atenas al que me refería al principio, cuando pasando del mundo encantado de los dioses al hecho exaltante de la Resurrección de Jesucristo, fue rechazado burlonamente por los mismos que lo habían escuchado con tanta atención: "...sobre esto te oiremos alguna otra vez..." , experiencia que tal vez lo marcó para que años más tarde les escribiera a los Corintios, que cuando fue a ellos no había querido hablarles palabras de humana sabiduría y no había querido saber otra cosa sino a Cristo y a Cristo crucificado. Porque el reencantamiento del mundo y de la vida está tal vez en la línea querida por Dios para la humanidad, pero necesita ser asumido en el orden de la gracia, el orden de la nueva creación, y la gracia reclama la libre aceptación del ser humano, y supone una especial dignidad de este.

² Cf. p.ej. el sermón "Intravit Jesus....." y los comentarios de Reiner Schürmann en "Maitre Eckhart ou la joie errante", Paris 1972.

Ese es un punto clave que nos recuerda este libro, porque el siglo que termina ha sido marcado por un especial desdén hacia el ser humano, una disposición despreciativa, más vieja en verdad que el cristianismo, y que se manifiesta de dos formas diferentes: o bien como un ascetismo moralista, exigente y empobrecedor, centrado en torno de la privación o del trabajo; o a la inversa en un desenfreno hedonista que no respeta a la naturaleza porque no la encuentra digna de respeto. Son las clásicas miradas de la gnosis, sobre una naturaleza humana a la que se supone incapaz del bien y la verdad. No cuesta mucho percibir que ambas están vigentes hoy día, que ellas son estimuladas por algunas formas inhumanas del individualismo moderno, y que encuentran un verdadero antídoto en la concepción de una criatura humana, frágil por cierto ante el pecado, pero capaz de acoger desinteresadamente el despliegue de la belleza, el bien y la verdad que llenan y sostienen a la creación de Dios.